

## Editorial

*El mundo del trabajo de América Latina y el Caribe atraviesa hoy por una crisis de una profundidad sin precedentes en el último cuarto de siglo. Una conjunción de factores externos, en especial la desaceleración del crecimiento de las economías más industrializadas y la caída de los precios de algunas de las principales materias primas que la región exporta, así como la recesión de Argentina, cuyos efectos se han extendido incluso más allá de los países del Cono Sur, provocaron un aumento de la tasa anual de desempleo urbano, que alcanzaría al 9.3% para fines de 2002, junto con un incremento del trabajo informal.*

*La tasa de desocupación urbana aumentó tanto entre los trabajadores de ambos sexos, como entre los jóvenes. También se contrajo la productividad media y el poder adquisitivo de los salarios. Incluso, existen evidencias de que se ha deteriorado la calidad de la vida familiar y con nuevos indicadores de desarrollo del trabajo decente se detectó un incremento de su déficit, como se muestra en esta edición del Panorama Laboral.*

*El impacto de esta crisis recayó sobre países que en su mayoría ya arrastraban consigo la pesada carga de una cuantiosa deuda social pendiente desde los ochenta, la que se tradujo en un aumento del déficit de trabajo decente. En efecto, la región entró a la era de la globalización con un déficit que alcanzaba a 63 millones de trabajadores urbanos en 1990 (49.5% de la PEA), cifra que aumentó a 93 millones en 2002 (50.5% de la PEA). Esto es, el aumento del déficit de trabajo decente alcanzó a 30 millones de trabajadores.*

*Desde la década de los noventa ha predominado casi sin contrapesos en la región –y en prácticamente la totalidad del mundo– un estilo de desarrollo de mayor integración entre los países, en el que se combinan la apertura comercial, financiera y a las inversiones externas, con el cumplimiento de requisitos internos macroeconómicos de disciplina fiscal, combate a la inflación y reducción del tamaño del Estado. La apertura y las reformas llevadas a cabo en forma paralela para elevar la competitividad de las empresas se aplicaron sobre un mercado laboral de los países caracterizado por una gran heterogeneidad estructural, en la que sectores de alta productividad y tecnología de vanguardia coexisten con otros, como el sector informal, con escaso capital, sin protección social e históricamente precarios. Por ello, las reformas de la globalización han beneficiado preferentemente a los trabajadores formales, dejando a amplios sectores excluidos o fuera del alcance del proceso de modernización.*

*Muchos de los trabajadores que perdieron sus empleos durante los últimos años recurrieron al sector informal, mientras que otros se desalentaron y se retiraron temporalmente de la fuerza de trabajo. Además, un porcentaje creciente de trabajadores de la región ha emigrado en busca de empleo hacia países más desarrollados, donde se ha integrado a los segmentos de mano de obra barata y/o ilegal, en condiciones que, si bien son precarias, permiten obtener mayores ingresos que en sus países de origen. Esto les ha permitido enviar remesas, contribuyendo así a sustentar la supervivencia de sus familias. Sin la contribución de estos trabajadores migrantes, las cifras sobre el deterioro del mercado laboral sobrepasarían las actuales.*

*Estas páginas reflejan un nuevo hecho preocupante: ahora también ha empeorado la situación del sector formal, aquel que era aparentemente más favorecido por las reformas. Hasta el presente, transcurridos doce años desde la aplicación de las políticas impulsadas por el consenso de Washington, a partir de los datos que contiene esta edición es posible constatar que el balance de sus resultados no es satisfactorio desde la perspectiva de América Latina y el Caribe en su conjunto.*

*Para el año 2002 se calcula una caída de -0.8% del PIB regional, mientras que, de acuerdo a las proyecciones de la OIT, el crecimiento del PIB de la región alcanzaría al 3% en 2003, lo que permitiría una reducción de la tasa urbana de desempleo regional al 8.6%, un nivel todavía muy elevado, pero próximo a los que hubo en los últimos años del decenio anterior. Sin embargo, no cabe esperar un efecto simétrico en la disminución del déficit del trabajo decente. La región necesita crecer al menos a una tasa del 4% anual para que no aumenten simultáneamente el desempleo y la desprotección social. Las experiencias que han dejado las frecuentes crisis anteriores indican que las variables fundamentales del mercado laboral se recuperan en los períodos de expansión o auge económico a una velocidad inferior que aquella a la que se deterioran durante las etapas de contracción o recesión.*

*A esto se agregan dos factores adicionales de preocupación, derivados también de lecciones que ha dejado el proceso de desarrollo en los años recientes. El primero es que el crecimiento económico ha tendido a concentrarse en los sectores exportadores, de mayor rentabilidad, que en la región son más intensivos en capital y tecnología que en empleo, por lo que la creación de cada puesto de trabajo decente demanda hoy mayor inversión que en el pasado. El segundo factor es que el crecimiento económico se ha tornado más cíclico y volátil, con períodos más frecuentes y pronunciados de alza y baja, asociados fundamentalmente a los vaivenes del flujo de capitales provenientes del exterior.*

*La situación actual pone en tensión a todas las sociedades latinoamericanas y sus principales actores, generando desafíos de gran envergadura. El primer reto que surge de la crisis es que, ante la recesión actual, es preciso actuar en el corto plazo. Los países de la región deben plantearse la meta de invertir alrededor del 2% del PIB como mínimo en políticas activas y pasivas del mercado de trabajo y que, para su financiamiento, requieran de la responsabilidad del sector privado.*

*Igualmente, los países deberán preocuparse de poner en marcha estrategias capaces de reducir la magnitud del déficit de trabajo decente, una tarea que es de mediano y largo plazo, sin por ello dejar de lado su agenda de consolidación democrática. La OIT propone una Agenda para un crecimiento con trabajo decente, entendido este último como la generación, no de cualquier tipo de empleo, sino de empleos decentes, que en el marco de la economía global satisfagan la demanda histórica de que "nuestras sociedades sean capaces de dar empleo, habitación, alimentación, educación, protección social e ingresos adecuados a su gente", como señala el Director General (OIT, 1999).*

*En el contexto de esta estrategia, la región debería, primero, transitar hacia políticas económicas realmente productivas y estructurales, lo que significa revisar los contenidos de las políticas macroeconómicas vigentes y la promoción de políticas sectoriales que incentiven la inversión en sectores más intensivos en mano de obra. Segundo, impulsar políticas laborales activas, que multipliquen las capacidades de las personas, atiendan a la micro y pequeña empresa informal, promuevan el criterio de igualdad de aquellos grupos poblacionales con dificultades de inserción laboral e incorporen el criterio de género, así como potencien el espíritu emprendedor, imprescindible para aumentar la competitividad empresarial. Tercero, resolver el dilema de que las empresas puedan tener más flexibilidad en la medida en que los trabajadores tengan mayor acceso a la seguridad. Cuarto, que los actores sociales reduzcan sus diferencias y gesten sus acuerdos a través de una práctica permanente del diálogo social. Por último, se requiere avanzar en términos de la gobernanza de la globalización, lo que implica un sistema internacional renovado en el que la equidad sea el sustento de la legitimidad. Esto permitirá una aun mayor valoración de la democracia y aumentar el grado de satisfacción de la ciudadanía de sus principios e instituciones (OIT, 2002).*



*En la aplicación de la estrategia mencionada se deberían considerar dos aspectos básicos. El primero, que constituye un imperativo ético, pero también pragmático, se refiere a que el peso de esta crisis no deba ser soportado sólo por los trabajadores más pobres de la región. El segundo aspecto es que sin la participación decidida de los actores sociales en la construcción y sustentabilidad de los acuerdos que permitan distribuir mejor los costos, el objetivo de reducir el déficit de trabajo decente no podrá ser cumplido.*

*La situación abre además desafíos para la propia OIT. Debemos ser capaces de poner en marcha iniciativas de cooperación técnica que ayuden a los gobiernos y a los trabajadores y empleadores, tanto en el corto plazo, en la labor cotidiana de enfrentar los problemas más dramáticos y urgentes, como en el largo plazo, en torno a impulsar estrategias de crecimiento con trabajo decente. Particular relieve tienen al respecto los Programas Nacionales de Trabajo Decente, que la OIT impulsará a la brevedad en los países de la región. Estos programas constituyen marcos de acción dentro de los cuales se desarrollan diferentes líneas de proyectos con objetivos coherentes entre sí, y en los cuales la OIT, en cuanto agencia internacional especializada y con amplia experiencia en cooperación técnica, brindará justamente su aporte en esta materia, coordinando y estableciendo sinergias con otros organismos del sistema.*

*La responsabilidad de generar empleos es de todos. Gobiernos, trabajadores, empleadores y la OIT tenemos que esforzarnos al máximo y al unísono para crear más y mejores empleos y reducir el déficit de trabajo decente. Como se señala más adelante en estas páginas, "existen los medios y está la experiencia: sólo falta la voluntad colectiva para iniciar de inmediato esta labor".*

Agustín Muñoz Vergara  
Director Regional para las Américas

Lima, diciembre de 2002

